

Mauricio Amster

DISCOS EVOCADORES

SON TRES discos de gramófono grabados en Barcelona, en 1938. Los tuvimos una vez, se nos perdieron, ahora acabamos de oírlos de nuevo. Como un perfume que evoca la melancolía de experiencias que no han de repetirse, así estos discos traen el recuerdo de una época que tampoco volverá en mucho tiempo y que valió la pena de ser vivida.

Era una época en que el hambre debilitaba el cuerpo, las alarmas interrumpían el sueño y el peligro alteraba los nervios. Se trabajaban jornadas sin descanso con dos platos de lentejas hervidas al día. Las noches sin luz estaban llenas de sobresaltos, aullidos y detonaciones. Salir de ello cuanto antes era el deseo de todos, pero no al precio de una claudicación. Se ponía buena cara al mal tiempo y se reía más de la cuenta para borrar el pánico. En tal ambiente nacieron estos discos.

Los hizo Ernesto Busch. Era actor y cantante. Tenía facha de metalúrgico y una voz de metal. Sabía interpretar como nadie la rebeldía del hombre contra su mala suerte y cuando cantaba en las concentraciones obreras de Berlín, llevaba a las aulas una atmósfera de barricadas. Creía en lo que cantaba y pronunciaba cada palabra con mucha claridad, pues el contenido le valía más que la forma. Cuando, emigrado político, llegó a España, se encontró en su elemento: podía cantar en todas las lenguas a los combatientes de todo el mundo.

*

El coro se componía de cuatro individuos de tropa. Para ensayar nos reuníamos en un estudio. Era un lugar estrecho y sofocante, junto a una taberna llamada «La Panza». Cuando el ingeniero dispuso finalmente el molde de cera y el brazo del aparato se posó sobre la límpida superficie, nos quedamos arrobados mirando los surcos que trazaba la aguja de zafiro. Ante nosotros se estaban perpetuando canciones inolvidables de una lucha que parecía decisiva. El canto de Busch resonaba en el espacio con notas de amor e ira, nostalgia y coraje. Una emoción incontenible nos estremecía la piel mientras en

el molde de cera se iba formando una tenue virutilla desalojada por la voz del artista.

El grabado tuvo que interrumpirse algunas veces. En el acolchado estudio no penetraba el sonido descorazonador de las sirenas de alarma y las interrupciones de la corriente nos pillaban desprevenidos. El aparato se paraba y una oscuridad total invadía el lugar. A la luz de una vela nos sentábamos, incómodos, esperando de un momento a otro perder la vida y la ocasión de pasar a la posteridad. El reguero de explosiones comenzaba lejos, se aproximaba ominosamente, estremecía los cimientos del edificio, volvía a alejarse. La luz retornaba con un nervioso parpadeo, un molde nuevo ocupaba el plato, recomenzaba la tarea.

Fueron cantados en la línea de fuego, grabados en medio de la metralla, ahora salían relucientes de la prensa a vapor. Alrededor, máquinas innumerables torneaban piezas de ametralladoras, espoletas de tiempo, culatas para fusiles. Los discos se fabricaban como material de guerra, junto a las armas partían para los frentes. Llevaban una melodiosa promesa de triunfo que no hubo de lograrse. Los más se perdieron junto a las vidas de sus dueños. Una temporal derrota acalló los restantes en la tierra que los vio nacer. Algunos cruzaron la frontera — discos antifascistas al destierro. Su autor fué internado en el campo disciplinario Le Vernet, recinto de disentería, violencia y muerte. Si vive todavía, sírvanle estas líneas de cálido homenaje.

*

Gira el disco y la voz del amigo resuena de nuevo. Vivía en nuestra memoria, ahora revive en el mecanismo. ¡Qué de recuerdos trae! Brotan palabras castellanas: *Los cuatrrro generrrales, mamita mía, que se han alzado...* Gastamos horas en enseñarle los matices de la pronunciación, con escaso éxito. El resto de la canción la continuó en alemán: *Die Herren Generäle, mamita mía...* El estribillo español le salía bien, se encariñó con él y lo conservó en su traducción... *Para la Nochebuena, mamita mía, serán ahorcados...* ¿Cuándo llegará la noche buena?

Gira el disco, otro lustroso fragmento de un pasado que tardará en volver: La canción de la solidaridad sentida y cantada en cuatro idiomas:

Y como ser humano el hombre lo que quiere es su pan...
 ...*He wants no servants under him and no boss over his head...*
 ...*Range toi dans le front de tous les ouvriers avec tous tes frères étrangers...*
 ...*Reih'dich ein in die Arbeitereinheitsfront weil du auch ein Arbeiter bist...*

Bellas palabras de antaño, cuando tenían sentido. Miles de voluntarios cayeron por solidaridad con sus hermanos extranjeros. Con ellos murió la palabra. Humillados en las prisiones, en vano esperaban el asilo en la tierra de promisión. Siguieron muriendo por millares, de balazos, de torturas, de agotamiento. Morían en Le Vernet, junto a Busch, recordando tal vez su canción. Volvían la mirada hacia el país donde «La Internacional» era himno del Estado. Fué suprimido. De la solidaridad internacional queda ahora el disco. Se acabó la cuerda.

Está tensa otra vez. Gira el disco: *Die Moorsoldaten* — los soldados del pantano. Presos en un campo de concentración — *sólo ciénaga y desierto alrededor* — parten en cuadrillas a extraer la turba: *somos los soldados del pantano y al pantano vamos, azadón al hombro...* Una canción anónima y monótona, triste como la esclavitud, de incomparable desolación. El régimen que mandaba hombres al pantano no existe ya, vencido bajo la invocación de los derechos del hombre. Pero los campos quedan, poblados como antes y no sólo por sus antiguos carceleros. Los soldados del pantano siguen cantando su pena: republicanos en España, pacifistas en Norteamérica, comunistas en Siberia, judíos sin hogar en Chipre, hombres libres en todas partes. La canción conserva su actualidad y continúa válida su última estrofa: *Mas para nosotros no hay quejas. El invierno no durará eternamente...* La esperanza mantiene el apego a la vida. Quizás pudo mantener también el tuyo, Ernesto Busch, amigo y camarada.

